

TUCIDIDES Y SU OBRA

Cuando Heródoto escribía su obra para conservar la memoria de los importantes hechos que habían realizado tanto los helenos como los bárbaros, en Atenas vivía y actuaba una nueva generación enteramente dedicada al presente. Era una generación de sentido y espíritu políticos por excelencia; la generación de Cimón y Pericles. Fué ella quien transformó la ciudad de Atenas en una gran potencia marítima, dándole la hegemonía sobre Grecia. Con su poderosa escuadra dominaba en todos los mares griegos, tenía como súbditos a la mitad de los helenos y realizaba exitosas guerras, tomando siempre la iniciativa, contra los persas, enfrentando así mismo a los peloponenses y tebanos; era la generación del imperialismo ateniense.

Esta fué la primera generación en la historia griega que no sólo tuvo conciencia de que creaba algo nuevo y elevado, algo superior y magnífico, sino que también fué la primera generación que comprendió que sus actos eran dignos de conservación.

El más joven de sus hijos era Tucídides, nacido alrededor del año 470 antes de J. C. Creció precisamente en esa época que denominaron "Siglo de Oro de Pericles". No obstante su linaje aristocrático de una noble familia de Tracia y su parentesco con la casa de Milciades y de los Pisistrátidas, admiraba a Pericles y a su Atenas; vivió toda su magnífica política. Vió con los velados ojos del ciudadano contemporáneo, sólo el esplendor superficial de la ciudad; vivió el creciente antagonismo contra ésta y percibió también su éxito momentáneo. Junto con Pericles y otros destacados ciudadanos, previó la guerra en que había de terminar la crisis latente, guerra ésta de gran duración, sobresaliente fuerza y significación.

"Tucídides, ateniense, escribió la guerra de los peloponenses y atenienses empezando inmediatamente cuando estalló, creyendo que sería más grande y sobresaliente que todas las anteriores".

Siente pues, a priori, la importancia de la guerra que se aproxima y por eso quiere escribir, no naturalmente para sus contemporáneos, sino para los posteriores, como sempiterna posesión. En estas condiciones, en cuanto estalla el conflicto, decide seguirlo y reunir material durante su transcurso. Siguió los primeros ocho años de la guerra desde la ciudad de Atenas, donde fué testigo presencial de las invasiones de los peloponenses al Atica y también de las desgracias que sobre su patria recayeron, de esa terrible peste que también sobre él cayó. Presenció la muerte de Pericles, el abandono de su política, los continuados errores de sus sucesores y las desesperantes manifestaciones de la suerte cambiante.

En el año 423 fué elegido general y enviado a Calcidica, nuevo frente de la guerra.

Allá Bracida procura distraer las fuerzas atenienses para poder romper el cerco que existe cerca de Esparta. Desgraciadamente la suerte fué adversa a Tucídides y su contrario conquistó Anfípolis mientras él se encontraba lejos de esa ciudad. En realidad, no sabemos precisamente qué es lo que ocurrió; después de lo anterior, huye de la justicia y permanece lejos de la ciudad, en territorio neutral o enemigo. Dos años más tarde se firmó la Paz de Nikias y Tucídides empezó a transformar su antiguo plan de crónicas en historia de guerras.

Su trabajo de investigación, por razones que vamos a desarrollar más adelante, resultaba muy fatigoso y por eso avanzaba lentamente. Hasta el año 413 aún quedaba mucho por hacer; entretanto la paz con los peloponenses se conservaba sólo aparentemente y los atenienses llevaban a cabo la expedición contra Sicilia.

Repentinamente sobrevino la gran catástrofe: se perdió lo más brillante de la escuadra ateniense, la flor y nata del ejército y el enemigo tomaba nuevamente la iniciativa de la guerra.

Entonces precisamente, Tucídides comprendió que la guerra que deseaba historiar no había terminado, que la Expedición de Sicilia era parte de ella, que la catástrofe sería un factor muy importante y, por último, que la Paz de Nikias no era paz.

Los hechos lo apresuraban; había dejado tantos acontecimientos importantes sin examinar. Abandonó, inconclusa aún, la guerra de diez años y empezó a recopilar material y escribir la guerra de Sicilia y posteriormente, un tanto precipitado, los años de la paz.

Tucídides esperaba una pronta terminación para la guerra que él observaba, pero ésta se prolongaba, instándolo a seguirla. Así pues, dejó de lado también el nuevo material sin haberlo elaborado y decidió, un tanto atrasado, continuar la primera parte. De este modo, la interrupción de la guerra obligó a Tucídides a observarla bajo el nuevo aspecto de un todo; quiso dar a su obra una forma de conjunto y empezó a estudiar con un nuevo espíritu la primera parte de la guerra de diez años.

Ahora ya vé claramente los motivos de la continuación y las causas de la caída que sobreviene; vé la unión de los lejanos acontecimientos, la preparación y demostración de los fenómenos. Como dice Murray (1) "es característico para este hombre y para cierto lado de la cultura ateniense, que desde su sencilla tarea de narrador procuró desarrollar el estilo de su obra como literatura propia".

(1) G. Murray. Historia de la Literatura Griega, pág. 230. Trad. de Enrique Soms y Castelin. Madrid 1891.

Cuando la guerra hubo terminado se concedió amnistía y Tucídides pudo regresar a su patria, después de 20 años de ausencia.

Entre tanto una nueva generación se había desarrollado: la generación de la guerra, de la decadencia, de la pobreza, de la desgracia. En este ambiente, Tucídides es un extraño, resto trágico de una espléndida generación que no siguió la total transformación. Más aún, es un muerto que vivió durante el Siglo de Oro y que tuvo la trágica suerte de resucitar al año 403; pero es un muerto raro; es capaz de hablar sobre su época, puede presentar ante los ojos de los nuevos hombres un cuadro en absoluto extraño, propio, no antiguo, creado hace sólo treinta años y, sin embargo, tan lejano. También está en condiciones de ilustrar los móviles de esta guerra, aclarar las causas de la caída y los motivos de la desgracia de estos nuevos hombres.

Deja sin terminar la última parte de su historia y empieza a retocar la primera parte. Agrega entonces las imágenes de la época pasada: el Epitafio (1). Presenta a Pericles, su política, los grandes sueños, los numerosos recursos, y a continuación viene lo imprevisto: la política de sus sucesores con sus errores y malos resultados a los que Pericles temía más que a sus propios enemigos.

Tucídides apenas alcanzó a elaborar, con este espíritu, la primera parte. La Paz de Nikias y la Expedición de Sicilia, quedaron imperfectas en su formación, y en general, toda la obra hasta el año 410, asimétrica.

El historiador murió antes de terminar su obra inmortal. El manuscrito quedó interrumpido en una frase incompleta "...Y en cuanto llegó a Efeso realizó sacrificios a la Diosa Artemisa..." ¿Qué sucedió después?, no alcanzó a escribirlo. ¿Y qué no daríamos por poder leer el último período de la guerra descrito por Tucídides; ese período tan dramático que comprende desde el triunfo de los atenienses en Propóntide hasta el momento en que los espartanos entran vencedores en Atenas, comienzan a destruir sus murallas, e incendiar sus barcos.

Sin embargo, esto que nos ha dejado el historiador constituye una de las más grandes herencias que nos haya legado el espíritu antiguo; no precisamente por la importancia que puedan guardar los detalles de una guerra llevada a efecto hace ya 24 siglos y que no acarreó grandes consecuencias para la historia, como lo han hecho otras conflagraciones antiguas y modernas, por lo que es natural que los sucesos de la Guerra del Peloponeso no interesen a nuestra época (excepción hecha, desde luego, a los historiadores), sino porque la estudió, la criticó y la describió Tucídides.

Tucídides fué discípulo del filósofo Anaxágoras y del orador Antifon; pero recibió más las influencias del siglo de los sofistas y de la política; y en realidad, en su obra se perciben las ventajas que obtuvo de ellos; unos influyeron en la técnica de su obra y otros en la concepción de las cosas, pudiendo así inmortalizar su creación.

"Tucídides escribió su obra para los que quisieran conocer la verdad de lo acontecido y saber qué era lo más conveniente en los casos análogos que pudieran ocurrir; para aquellos, su libro puede ser objeto de constante estudio" (1). Esto es, el elevado sentido de una posesión sempiterna, como dijimos anteriormente.

(1) Según nuestra opinión ha predominado la errónea traducción de "Discurso", en vez de "Epitafios": Discurso sobre la tumba.

(1) Carlos Otrifido Müller. Historia de la Literatura Griega, pág. 720. Trad. al Castellano por Ricardo de Hinojosa. B. Aires 1946.

Tucídides sustentaba como ideal la búsqueda de la verdad y también tenía otras ventajas con relación a Hecateo y Herodoto. Posee experiencia de las cosas, duda y analiza psicológicamente.

Parece que ya antes de iniciar su obra, se había preocupado del pasado. Posiblemente después y debido a la influencia de los sofistas que habían incluido la arqueología en sus estudios y las informaciones que le habían proporcionado sobre la dificultad del conocimiento de los antiguos. "La arqueología o introducción a la historia antigua es una de las partes más sobresalientes de su obra, probablemente no tiene paralelo en la literatura hasta la época de los enciclopedistas, por su imaginación histórica y por la profundidad de sus penetración" (1).

Naturalmente es la única parte de su obra que excede un poco los límites de la historia política, porque como dice Nestle "Escribió una historia enteramente política, la historia de la cultura queda muy atrás, salvo en la llamada Arqueología en que se coligen las circunstancias del pasado griego, en parte de la situación actual y en parte de finas observaciones sobre las Epopeyas Homéricas" (2).

Las investigaciones arqueológicas no se habrían realizado después, cuando escribía apresuradamente su obra principal y se hallaba en el destierro.

Había hallado motivo también para comprender la validez de la tradición respecto de antiguos hechos, comparándolos con la realidad que tuvo ocasión de conocer mejor, como por ejemplo: el desacuerdo que existía respecto a los asesinos de los Pisistrátidas, que eran sus parientes; de igual modo errores cometidos por escritores sobre hechos que él entendió bien, como fué el famoso error de Heródoto sobre la compañía espartana de los Pitánitas, la cual, como asegura Tucídides, no existió nunca.

Entendió además la causa de estos fenómenos llegando a la conclusión de que los hombres, oyendo varios comentarios sobre los precedentes, los reciben y aceptan sin someterlos previamente a ningún examen, cosa que tiene por resultado una serie de errores.

Habiendo tenido así la ocasión y también la capacidad de comprender de que manera fracasaron los antiguos y las causas de ese fracaso, tomó todas las medidas que consideró necesarias para hallar la absoluta verdad y la completa imparcialidad; es por eso que en primer lugar buscó las fuentes, una de las cuales, la principal, era la visión directa, el examen personal.

"Tucídides no habría podido nunca relatar los sucesos con tanta claridad y verdad si se hubiese contentado con transcribir lo que podía saber de labios de testigos presenciales y limitándose a consignar de trecho en trecho alguna que otra apreciación personal. Toda la historia ha pasado por su alma, es perfecto producto de su espíritu y su veracidad estriba esencialmente en que, gracias a su gran ingenio y privilegiadas facultades, se encontraba en condiciones de poder reproducir en su mente las mismas ideas que animaron a las personas que tomaron parte en los acontecimientos que relatan" (1).

El mismo Tucídides, hablando sobre el valor de su atestiguación, dice que vivió durante todo el tiempo de la guerra, en una edad en que funcio-

(1) Murray. Obra citada, pág. 246.

(2) Wilhelm Nestle. Historia de la literatura griega, pág. 168. Trad. de Eustaquio Echaui.

(1) Carlos Otfrido Müller. Obra citada, pág. 720.

nan todas las fuerzas espirituales, poniendo suma atención para constatar los hechos. Hasta el año 424 siguió el desarrollo del conflicto desde la ciudad de Atenas y posteriormente, como dijimos, en el destierro, desde países neutrales o enemigos. Así podía estudiar las cosas desde ambas partes. Además de lo anterior, como se ve de la perfección en las descripciones, visitó muchos de los teatros de la guerra, y allí en el terreno mismo buscaba informaciones, examinando con precisión a los testigos que habían presenciado los hechos en el lugar mismo de sucesión.

Por primera vez escribió él una historia crítica de la humanidad y se enteró que no se podía tener confianza en la concepción humana y que existían desacuerdos entre muchos individuos respecto a un mismo asunto en lo que se refiere a la fidelidad de la memoria, a las inclinaciones subjetivas de los hombres y las preferencias. Por este motivo no se limitaba al testimonio singular, sino que buscaba la concurrencia de muchos individuos.

Finalmente, usó como fuentes documentos oficiales, algunos tales como estaban y otros, transformando sus informaciones.

No usó este material para obtener de él alguna verdad subjetiva por casualidad, como hacía Hecatóo, sino que lo elaboró para obtener lo absoluto, la verdad objetiva. Tucídides reunía más que cualquier otro estas ventajas. El mismo era político y militar y podía juzgar o criticar perfectamente los asuntos políticos y militares de la guerra. Después, siguió su objetivo desde cerca, durante su transcurso.

Por tiempo, sus esperanzas y temores lo condujeron a hacer previsiones las que al resultar falsas, obligaron a este inteligente espíritu a cambiar sus pensamientos y descubrir las causas de sus errores. De este modo profundizaba más y más en la palabra, en la sucesión de los fenómenos, en la relación causal y en la unión de estos. Rechazaba totalmente todo lo fortuito, lo sobrenatural y separaba los motivos de las causas.

Su objetivo lo vió interiormente, como lo demuestra la transformación en sus planes que siguen a cada variación de sus motivos, los que cambian el sentido del objetivo mencionado.

Tucídides es el primero que enfrentó el hecho y la forma del hacer, alcanzando a la concepción del organismo que evoluciona. Estado y confederación, grupos políticos y sociales, son tales organismos históricos los que desarrollan fuerza, actúan y se oponen, rivalizan, dominan y decaen.

Esta idea sustentaba Tucídides cuando creaba su historia sobre la Guerra del Peloponeso. Esto influyó para que nos entregara una guerra tan viva, que justamente diríase al leer a Tucídides, que no es el historiador sino la misma historia la que habla. Tucídides consideró que no era suficiente con presentar los hechos solamente; creyó que era necesario también presentar lo que se había dicho, ya que ambas cosas son fenómenos equivalentes de lo objetivo. Los hechos; el encuentro armado de las dos grandes agrupaciones, y dentro de sus límites, las contrariedades internas, constituyen un solo lado del certamen, el lado de la acción. El otro aspecto, el de las contradicciones espirituales y luchas, equivale a lo dicho. Solamente con esta composición se completa la imagen de la guerra; por esto es que nos ofrece muchos discursos (demegorias) que corresponden a proclamaciones de políticos y militares que guardan relación con los hechos históricos. Estos discursos son importantísimos, como que contienen profundos pensamientos sobre la política, la paz, sobre la guerra, sobre el modo de gobernar y sobre las causas del florecimiento y decadencia de los estados. Con estos discursos el historiador muestra las profun-

dísimas raíces de los hechos, como en nuestros días, en los oficios diplomáticos.

Dé esta manera nos da una idea muy clara sobre los caracteres de los políticos que actúan en ese tiempo, como ser de Temístocles, de Bracida, de Alcibiades, de Pericles, etc.

Excepto ésto, es totalmente natural ya que era costumbre el desarrollo de diferentes temas y la crítica frente a la Ecclesia del Demos, de las Asambleas y del ejército, cosa que, lógicamente, en nuestros días, sino imposible, al menos es difícil de realizar.

Naturalmente, como nos confiesa el mismo Tucídides, no nos entrega los discursos exactamente tal como se pronunciaron, sino que procura darnos el sentido de éstos. Sin embargo hoy se acepta que en los discursos muestra exageraciones las que no se harían por nada en la exposición de los hechos.

Atribuye, pués, al orador todos los documentos del bando político que él representa; de este modo, aunque fuerce la verdad concreta, sirve mejor a lo otro, más elevado, su ideal: la objetividad. Con esta modalidad técnica no agrega las diferentes concepciones, sino que presenta a sus partidarios luchando palabra con palabra, documento con documento entre ellos.

Tucídides tiene la firme convicción de que su método crítico es algo nuevo, valioso, que lo distingue y separa de los historiadores anteriores, por eso siente la necesidad de señalar en la introducción los nuevos métodos que desde entonces son eternas suposiciones metodológicas de cualquier obra científica. Con orgullo destaca el valor de su trabajo, basándose sobre éstas, frente a los más antiguos que cometieron errores ya que tenían como objetivo congraciarse con los auditores.

Su obra que contiene la pura verdad, sin falsos adornos de lo mítico, tal vez parezca tediosa, pero el escritor, basta con que sea considerada útil por cualquiera que en el futuro desee por su intermedio aprender la verdad. Se nota claramente como procura librarse de todo cuanto recuerde la antigua historiografía y es manifiesta su antipatía por el carácter no científico de la antigua historiografía.

Faltan en su obra las interesantes narraciones, las anécdotas, los "admirables", las descripciones, las inserciones etnográficas y geográficas. Tucídides nos entrega solo hechos simples y precisos estrechamente unidos entre sí, pero que sin embargo, hablan por sí mismos.

Como tales, nos da todos aquellos que son examinados por sus estrictos métodos y que él considera como verídicos. El material informe, las suposiciones, los problemas, el trabajo preliminar, no tienen cabida en su obra.

Característica es la técnica del escritor. En las partes más imperfectas de su obra, los documentos se colocan tal como están, en tanto que en las partes más elaboradas, como ser la guerra de los diez años, los elementos obtenidos de estos documentos, están colocados en tal forma que constituyen un conjunto.

Los discursos los habría elaborado al final. Por eso es que la primera parte de su obra contiene más discursos, en tanto que su último libro, el octavo, y más imperfecto, no contiene ninguno.

Respecto de su género, la obra de Tucídides, es la primera representante de la forma desarrollada y perfeccionada que deriva de la obra de Heródoto. Son las obras hechas por los helenos: las Helénicas.

Con Tucídides se inaugura la gran serie de las Helénicas, obras históricas que tratan sobre épocas determinadas de la historia griega y que son escritas por contemporáneos.

Tucídides, que denomina así las obras de los otros y que es el introductor de este nombre, no llama así a su propia obra, ni tampoco la denomina historia.

Además de que el nombre de historia pertenece a la especie legendaria y narrativa que tanto le perjudicó, Tucídides comprende que lo que le movió a escribir y el asunto a que él sirve, no es precisamente la curiosidad y el deseo de conocer el pasado, la "historia", sino que por el contrario su obra tiene por objeto entregar informaciones a los posteriores; y como dijo Cicerón más tarde (D. O. 11,9) "Historia es atestiguador de la verdad, luz de los tiempos, vida de la memoria, maestra de la vida, angel de la verdad". Para esta especie de obra, Tucídides no encontró un nombre adecuado ni tampoco quiso usar el que pertenecía a los antiguos, por eso escribió simplemente: Tucídides ateniense compuso la historia de los peloponenses y atenienses...".

Desde entonces las obras similares se denominan de acuerdo con su contenido: "Helénicas", "Macedónica", "Filípica", etc. Sólo posteriormente se extendería a estas obras el título de historia.

Tucídides ocupa la cumbre de la antigua historiografía, cumbre a la cual alcanzó de un salto. Ese espacio que lo separa del historiador inmediatamente anterior a él, Heródoto, es muy grande; no hubo nadie que pudiera preparar el audaz vuelo de Tucídides, porque entre éste y aquél existe un verdadero vacío y para el salto necesitó de fuertes alas.

El espíritu antiguo, pudo, a través de él, alcanzar el pináculo del pensamiento histórico, formar una concepción sobre la historia, hallar las relaciones de los hechos históricos entre sí, ver en la historia al maestro de la vida.

Por primera vez comprende el valer de la época que lo produjo, se remueve todo ante el anhelo de conservar su memoria a través de los largos siglos, para los hombres que la han de conocer sólo por intermedio de él; porque su historia está llena de profundos ideales políticos, filosóficos y sociales. Es verdaderamente científica, puesto que rechaza los mitos, las supersticiones populares, los crismos, y busca la causa e interpretación de los hechos en las pasiones, en las virtudes y en la malignidad de los hombres; en la capacidad o errores de los arcontes. Su veracidad es muy elevada y su desprecio al antagonismo de los partidos y la corrupción de las costumbres durante la guerra del Peloponeso, muestran su ética superior.

Tucídides fijó un nuevo ideal para la investigación histórica y proclamó con orgullo que lo hizo porque deseó hacer de su obra "eterna posesión".

Por eso "tuvo una gloriosa posteridad, pues los historiadores de Roma lo imitaron. Fué el precursor de Polibio, de Maquiavelo y Montesquieu y será el maestro de los escritores de nuestros días que explican las cosas de este mundo por la necesidad o la sabiduría de aquellos que las dirigen" (1).

Nosotros podemos decir, sin duda, que será sempiterno maestro y guía de la historiografía científica y verdadera, por los eternos e inalterables principios que contiene su selecta obra.

(1) Víctor Duruy: Historia de los Griegos, Tomo II, pág. 231. Trad. Enrique Leopoldo de Verneuil, Barcelona 1890.